

De aquí se ha elevado a nuestros ojos modernos que vemos engrandecerse su figura en un crisol de fuerzas cósmicas que obran sobre la raza, en permanente unidad funcional.

Eugenio Orrego Vicuña, en su trabajo interpretativo, ha unido a la intuición de su espíritu avanzado, el acierto de saber escudriñar, en la vida del gran hombre, hechos que tienen intrínseco valor histórico y psicológico, como aportación de datos inéditos para su biografía viva y actuante como un nervio.—*Sady Zañartu.*

## POESIA

EL ÁRBOL SOLO.—Poemas de *Olga Acevedo*.—Nascimento. 1933.

Después de su libro «Los cantos de la montaña», clara y limpia vertiente de emoción, Olga Acevedo, esta poetisa dulce y suave, sin pose ni actitudes trascendentales, vuelve a encender la linterna mágica de sus sueños, para cantar con una voz nueva plena de armonía esa tristeza del espíritu solitario, de esa soledad que, sin embargo, tiene su mundo interior, poblado de bellas irrealidades y fantasías y cuyos latidos repercuten en la sensibilidad del artista, provocando en él una inquietud constante. Y Olga Acevedo posee una fina sensibilidad, rica en matices y en motivos, que nimban sus versos con una suave luz evanescente, donde tiembla una emoción verdadera. Sabe expresarla sin artificios y con modernidad, sin llegar al ultraísmo confuso y contorsionado, cuando dice sus palabras evocadoras y lejanas, como una voz cuyo timbre es más hermoso, por que junto a él se prende el encanto del recuerdo.

Hay calidez en su verso claro y vibrador, en donde la tristeza se retuerce como una liana, de donde colgara estremecida la hoja y la flor que es frescura y fragancia, y también ala tenue, tocada por la voz musical del viento. Yo no sé qué oculto encanto, qué escondida hechicería hay en estos versos evocadores, cristalinos y suaves:

Trina en la tarde amable su guitarra de ausencias  
Que dulcemente sueña en el campo solo...  
Es como mi corazón soñador y distante,  
como su vieja pena de soledad y ensueño,  
Se recoge en la noche como un ala de seda  
enmudecida el harpa de su ardiente tristeza.  
Es como mi corazón cuando renuncia y calla,  
cuando solloza a solas bajo la sombra inmensa.  
Solitario inefable, no hay en el campo absorto  
una canción más pura, ni una emoción más alta...

No son estas por cierto, palabras huecas y sin sentido, sino la expresión penetrante de un estado de alma, revestido con la elegancia de la forma. El pensamiento revienta como una flor y es también ágil saturado de lejanías, en cuyas vibraciones se transparenta una pena verdadera. Es la poetisa traspasada por esa tristeza del «árbol solo», donde ya ni los pájaros se detienen a cantar. Hay delicadeza y hondura en ese verso:

Que dulcemente sueña en el campo solo...

Pero de pronto como si reaccionara, con agudo grito de esta suave ensoñación en que se embriaga su espíritu oyendo una voz ausente, se yergue sobre su propio dolor, concentrándose a una realidad más próxima y entonces su acento tiene fuerza inusitada para cantar su drama interior. Su voz adquiere una vibración férvida y sensual y para decirlo tiene magníficos aciertos de expresión, que son verdaderos hallazgos:

No sé con qué palabras desnudarte mi angustia  
no sé con qué rocío de algas frescas ceñirte.  
Una rosa de fuego cunde en mi seno izquierdo  
hasta encender las últimas raíces de la ofrenda.

Una luz ardiente asoma como una lumbrarada, para encender su sentimiento ahora rebelde ante su dolor incomprendido, porque sus anhelos estallan pidiendo su parte de placer. Y la vida se estremece dentro de ella. «como en cítara viva» según sus propias palabras. Es decir sintiendo la belleza de la exis-

tencia: canto saturado de melancolía nostálgica, místico cuando su ansiedad se refugia en la fe, sensual y pagano a ratos, y muchas veces impregnado de espiritualismo que la aleja de la tierra y la hace remontarse a planos inalcanzables.

Por su riqueza emocional, por su fuerza de expresión honda y sincera, por la brillante ductilidad de su temperamento que busca y sabe hallar todos los caminos del sentimiento, la obra de Olga Avevedo no es ya una magnífica promesa sino la más hermosa y espléndida de las realidades.—*Luis Durand.*